

# LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

## UN ERROR ECONÓMICO.

El afán que han tenido casi todos los economistas modernos de establecer reglas generales y principios, deducidos á veces de casos particulares, todo con el empeño de querer formar de la Economía Política una ciencia tan exacta, como la única que merece este nombre, ha sido causa en mi concepto de que muchos incurran en errores de gran monta, que han sido y serán, si no se corrigen, de no poca trascendencia.

Tanto Say como Ricardo, así Tracy como Mac-culloch, lo mismo Duchatel que Senior y otros, tenidos por no menos célebres autores, han sentado la máxima, para ellos fecunda en consecuencias, de que á medida que menguen los gastos, la pérdida de tiempo y el trabajo en cualquier produccion de los objetos útiles ó agradables al hombre, crecerán los beneficios y por lo tanto la masa de la riqueza general que de ello resulte.

Hé aquí el principio que generalizado, como desean los economistas, y llevado hasta el último extremo (porque de lo contrario no sería un principio general), conduce en mi juicio á errores de gran consideracion, como intentaré probarlo.

Desde luego confieso que es fácil hacerse ilusion en esta materia, y reputar por cierto un principio que encierra en casos particulares y en determinadas condiciones gran fondo de verdad. Indudable es, que un artesano que, con el auxilio de nuevas máquinas, paga menos jornales ó invierte menos tiempo en los productos que elabora, ha de reportar mayor utilidad de la venta de sus artefactos, toda vez que no haya disminuido el número de consumidores. Pero antes de ha-

cer general esta máxima, adviértase que descansa en otra, idéntica en el fondo; á saber, que el trabajo físico del hombre, el tiempo que invierte en la elaboracion de un objeto cualquiera, son un gasto, un sacrificio que segun los economistas deben utilizarse, aborrándolo todo lo posible. Pues ahora bien, atendido á que la mejora é invencion de las máquinas ahorran evidentemente estos gastos, supóngase que han llegado estas á tal grado de perfeccion y generalidad en todos los ramos de industria, que con su favor se ha economizado el trabajo corporal ó la fuerza física del hombre, hasta el punto de ser del todo innecesarios (y cuenta que este sería el bello ideal de los economistas). Qué sucederia entonces? Lo que cualquiera puede imaginarse: que los obreros que antes se dedicaban á trabajos mecánicos, pues que sus recursos consistian en la fuerza de sus miembros, visto que ya no han menester de ellos, porque con gran ventaja y superioridad hacen sus veces los nuevos mecanismos, encontrarian cerradas las puertas de todos los talleres. Pero á esto dicen los precitados escritores: así bien los adelantos y mejoras de una máquina dejan por el momento sin trabajo á los que se dedicaban al arte que ha sufrido esas variaciones, no tardarán mucho en consagrarse á otras ocupaciones de las cuales reporten acaso mayor utilidad. Verdad es que así sucederia, toda vez que no hubieran alcanzado las mejoras mecánicas á las demás artes y manipulaciones y ahorrado de este modo el trabajo corporal. Pero si todas han experimentado esas perfecciones, si en todas han penetrado las máquinas, á manera de una invasion, y si por consiguiente estos adelantamientos mecánicos han dispensado de una gran parte del trabajo corporal; es claro que á los obreros despedidos de un taller que fuesen á llamar á la puerta de cualquier otro, les diria su

dueño: «léjos de necesitar operarios, las grandes mejoras hechas en las máquinas me han obligado, aunque con dolor, á reducir el número de los trabajadores de mis fábricas.» ¿Á dónde se dirigirían estos desgraciados que no recibiesen igual acogida? Por fortuna no se ha llegado hasta este último extremo, gracias á que las máquinas no han ido tan lejos en sus invasiones como apeteecen los economistas. Pero ¿qué acontece en los pueblos mas fabriles, en aquellos que mas se acercan á este ideal? ¿Qué ha sucedido en Manchester, en donde la industria mecánica ha tomado un vuelo admirable? Lo que ninguna persona ilustrada ignora; que han bajado tanto los salarios, á consecuencia de la abundancia de brazos y escasez de trabajo, que apenas han bastado para satisfacer las primeras y mas urgentes necesidades de la vida. A la vista tengo algunos números interesantísimos de la Revista Británica del año 1858, y en ella he encontrado un extenso y bien razonado artículo, donde se hace una pintura exacta del terrible cuadro que ofrece la clase obrera de aquella populosa ciudad, clase que en repetidas épocas se ha sublevado, pidiendo trabajo, y un jornal siquiera suficiente para el sustento de su familia. Por esto tal vez esclame el articulista: «¡verdad que la industria camina de conquista en conquista; pero tambien de dolor en dolor!»

Los economistas aferrados en sus principios no quieren fijar sus miradas en una parte numerosa del linaje humano, solo paran su atencion en la riqueza pública, en la masa general; y aun cuando no se atreven á negar del todo la existencia de estos males, son en su juicio pasajeros y en cambio de ellos crece la prosperidad de un pueblo. Si fueran pasajeros, mucho há que debieran de haber cesado; lejos de eso no hubieran ido cada dia en aumento, como lo acreditan las sublevaciones de los obreros en Manchester, reclamando el aumento de sus salarios, en los años 1808, 1812, 1817, 1818, 1825, 1826, 1851, 1852 y otros posteriores. En cuanto á la prosperidad general, diré que no dudo que se hayan acrecentado las fortunas de algunos ricos fabricantes y propietarios; pero á trueque de cuántas convulsiones periódicas! de cuántos sacrificios! y de cuánta miseria! Al paso que se multiplican los productos mecánicos, lo cual parece debiera labrar la felicidad de todas las clases de la sociedad, en tanto que los mercados abundan de todo género de ar-

tefactos, faltan á aquellos infelices hasta el pan para su sustento y lo preciso para su abrigo.—¿Y si esto acontece en Manchester, la primera ciudad fabril del mundo, y perteneciente á un pais dueño de tantas colonias, que son otros tantos mercados, ¿cuántos y cuán mayores males no sobrevendrían á España, ó á cualquier otro pueblo que no cuente con esas salidas para sus productos, si realizándose el sueño de los economistas existieran muchas ciudades como Manchester ó Birmingham? Y por mas que se empeñen en hacer creer lo contrario, fuerza es que así suceda. El ahorro en los gastos de la fabricacion á causa de los adelantamientos mecánicos consiste principalmente en los jornales; luego haciéndose general la baja que de ello resulte, no puede ser como juzgan los mencionados escritores, un beneficio para todas las clases, sino únicamente para las que de ella puedan disfrutar, que bien mirado quedarán reducidas á un corto número. Con efecto, si la disminucion en el valor de todos los artefactos ha provenido, como es lo mas comun, de las mejoras ó perfeccion de la maquinaria, es innegable que multitud de operarios habrán quedado sin trabajo ó por lo menos habrán bajado considerablemente sus jornales. No es lícito por lo tanto á esta numerosa clase acudir á los mercados, para surtirse de lo que necesitan, no obstante que hayan abaratado los precios de los productos de la industria: siguese naturalmente de aquí que llegan estos á tal desprecio por falta de oferta, que por fuerza han de ser muy cortos los beneficios que reporte el vendedor; á lo cual se agrega, que no siendo dable á muchos de los que se ocupaban en las diversas manipulaciones, continuar en estos trabajos, á causa de los progresos de la mecánica, y viendo al propio tiempo que sacan los mercaderes al pormenor alguna utilidad de la venta de estos mismos artefactos, se dedican á este comercio, perjudicando de esta suerte á los demás traficantes, que se ven precisados á reducir sus ganancias y aun á hacer sacrificios á fin de poder sufrir la competencia de los nuevos y numerosos mercaderes. ¿Y cuál será el último resultado? Que no solo la baja excesiva del precio será en perjuicio de los obreros, sino que tambien habrá alcanzado esta á las personas que antes se dedicaban á la mercancia de los varios productos de la industria.

No se piense por lo dicho que soy enemigo de los adelantos de las máquinas, ni que deseo se corte

al ingenio el vuelo: lo que sí sostendré es que no debe abusarse de la maquinaria, porque á ella puede aplicarse lo que se ha dicho del opio; que administrado en ciertas dosis suele dar la vida al enfermo, pero empleado sin moderacion llega á ser nocivo y en muchos casos funesto.

J. R.

## EL PERIODISTA.

Te diré lo que es un periodista, amado Teófilo; y ten en cuenta mi explicacion, porque además de pertenecer al oficio, siempre y en todas ocasiones he seguido el consejo de *nosce te ipsum* que decían los antiguos, y que en romance no significa otra cosa, sino que cada *quisque* debe estudiarse á sí propio.

En políticos y literarios se divide la familia de los periodistas. Los primeros son los que dan nombre á la especie, siendo los segundos mas que periodistas rigurosamente, eruditos, poetas, artistas, ó cosa por el estilo.

Está por demás decirte el cómo se forma un periodista. Para serlo no se necesita otra cosa que nacer hombre. Y no porque no haya habido mujeres periodistas, como hay hombres que planchan la ropa y fingen dolores de parto, sino porque es profesion de mal genio y de peor humor, y los berrenchines y los malos humores sientan mal en otro sexo que en el sexo feo.

Ya en la plenitud de sus derechos constitucionales considera al periodista cumpliendo su caritativa *mision* de enseñar al que no sabe, como decimos los del oficio, ó de enredar la gaita, segun declaran quienes al periodismo no profesan devocion alguna. Para unos el periodista es un simple escribiente; para otros un sabio consumado; y para ninguno un amigo. Si no te has hecho de amigos antes de ser periodista, ó los buscas en el trato social, no te imagines que los tendrás de corazon y cual los define el filósofo que dijo: «el amigo es otro yo.»—Una mano apretada, una risita complaciente, unos golpecitos en el hombro, ó un reverente y triplicado saludo no significan mas que *variaciones de circunstancias sobre temas del maestro Recelini*.

Todas las profesiones, todos los oficios y las ocupaciones todas tienen su compensacion: su poquito de agrio y su poquito de dulce; pero el periodismo no ofrece mas que un lado que es el amargo, una cara que es la fea.—El abogado, el zapatero y el

músico dejan el bufete, la banquilla y el serpenteon, y se convierten en prójimos como otros cualesquiera. El periodista nunca es prójimo: hasta durmiendo es periodista, porque como las liebres duerme con los ojos abiertos, principalmente si es de la oposicion al Gobierno.

El abogado recibe el estipendio de sus escritos, el médico el importe de sus visitas, el comerciante guarda sus ganancias y el artesano gasta el jornal que le dan; sin que á nadie se le haya nunca ocurrido denostarlos por esto. Pero al periodista no se le juzga como al abogado, como al médico, como al comerciante, ni como al artesano. En concepto de muchos, el periodista que cobra sueldo, ó se sostiene de su profesion, es un hombre vendido, ó cuando menos un alquilon que trabaja indistintamente por cualquier partido.

Segun algunos, el periodista no debe tener voluntad ni discernimiento propio. No irá delante de su partido tomando la iniciativa en la discusion de doctrinas; sino que irá detrás formando una especie de escrutinio de lo que piensa y opina cada uno de sus correligionarios. Pero advierte ¡oh amado Teófilo! que quienes así discurren se reputan á sí propios por un partido entero, y al hablar de consultas es porque pretenden ser ellos los consultados.

Di que nones, y eres exclusivista: consiente, y un necio te uncirá al carro de su tontería, cuando no sea al de sus mezquinas pasiones.

Es verdad que el sistema tributario ha declarado á los periodistas libres de contribuciones. Pero ¿qué gracia es esta? Hay una contribucion enorme, fuerte y sofocante que paga el periodista cien veces al dia, y de la cual no puede libertarle ningun sistema tributario. Semejante contribucion es el ¿qué hay?; pregunta que por sí sola es mas angustiosa para el infeliz contribuyente, que todas las comisiones de apremio del mundo. Si no responde es un orgulloso, y si lo verifica complacientemente, sigue un fuego granado de interrogaciones que no hay paciencia para resistir, y mas si el preguntador es siquiera el décimo que en el dia haya encontrado el periodista. Hay hombres inflexibles preguntando. No sirve andar de prisa ni hacerse el distraído, estar hablando con amigos ni tomar iglesia. En toda ocasion, circunstancia y paraje encuentran oportunidad ciertos hombres para disparar su maldecido ¿qué hay?

En un entreacto sali há tres noches al vestibulo del Principal á tomar el fresco. Cesó la música, y empezó el último acto de una comedia que yo queria escuchar sin perder verso alguno. Cuando apiñado entre muchos que tambien habian salido á respirar el aire libre, entraba en el patio, me senti preso por los faldones del frac, sin que me

podiera desair por mas que tiraba. Volvi la cara y me descargó el agarrante un ¿qué hay? que me sonó como un pistoletazo disparado á boca de jarro.—Nada, le dije.—Ha leído usted los periódicos?—No señor.—¿Ni cartas tampoco?—No señor.—¿Ni ha oído decir nada?—No señor.—¿Ni presume usted que suceda algo?—No señor, y no señor; y con mil afectuosos saludos despedime de mí interpelante, que calló no porque me hubiera encerrado en una terminante negativa, sino porque los espectadores le sisearon de lo fuerte, en razon de que no dejaba escuchar palabra.

Pues todavía, oh amado Teótimo, no es el ¿qué hay? lo mas malo. Lo peor es cuando al ¿qué hay? sigue el qué resultará de estas cosas? Tu, amigo mio, sabes lo feo que es un profeta de los que colocan en los monumentos de Semana-santa. Puestos feos como son, me parecen ángeles pintados en comparacion de los profetas políticos. Figúrate, pues, el estómago que me hará, cuando oigo el *vaticinare de ossibus istis*; esto es, el dígame usted lo que saldrá de estas cosas. Te juro que se me eriza el cabello y me da escalofrio. Es lo mismo que si te preguntáran por el dinero que hubieran gastado en comer una porcion de personas. Primero las contarias, despues te enterarias de lo que cada una hubiera gastado, y luego sumarias, y esta suma daría lo que se pretendiese saber. Pues un juicio no es sino la suma de dos ó mas ideas. Ocúltese una, ó ignórese, y la suma no será exacta. ¿Y quién en política puede saber las causas y consecuencias, los incidentes y los obstaculos que juegan en cualquier circunstancia? ¿No es, pues, una mentecatez hacerse el pitoniso ó el zahori?

Pero te habra sucedido alguna vez tener ocupada el alma en muchas cosas al mismo tiempo. Antes de salir la otra tarde de mi casa cepillaba mi sombrero, en tanto que sillaba el fandango, llevaba el compás con un pie, miraba á una vieja que por la calle pasaba, oía llamar cansadamente á la puerta; y pensaba en un amigo que debía ver; todo esto era a un tiempo. Y sin embargo, solamente en lo del pensamiento habia conciencia, pues en lo demás era una máquina que cepillaba, solfeaba, esnechaba y miraba. Pues así respondo á quien me pide vaticinios, y así responden todos los periodistas. Están pensando en el articulo que van á escribir ó acaban de hacer, y entretanto responden, si son ministeriales, ¿qué ha de resultar?.. son esfuerzos impotentes, el gobierno es fuerte y vigoroso, y posee la confianza pública, no solo por sí, sino porque el país tiene hambre y sed de gobierno; y si el periodista es de la oposicion, contesta que «corremos por una pendiente reshaladiza al hondo de un abismo; porque la opinion pública rechaza el orden de cosas actual, columbrándose en lontananza

el término de la tiranía.» Ni uno ni otro han dicho mas que palabras por máquina. Sin embargo, suele haber la fortuna de darse por satisfechos muchos interpelantes.

Si el periodista es de provincia, hay que agregar dos enfermedades á los males enumerados. Estas enfermedades son las que denominó *manditis* y *perioditis*.

Llamo *manditis* ó inflamacion de mando, al prurito de enviar de Madrid disposiciones y personas, para que unas sean obedecidas y otras respetadas por los periodistas de provincia. Acontecen lances chistosísimos; no siendo el menos vulgar, el de que la disposicion llegue tarde, o el de que el enviado sepa de su asunto menos que el periodista.

Conozco por *perioditis* una especie de irritacion de periódicos que consume á cuanto personaje viene de la coronada villa. No hay aperillado ni bigotudo joven, ni aun algunos peinando canas, procedente de Madrid, que venga á ocupar un emplillo cualquiera, ó si nos referimos a Cádiz, á tomar los baños, que no haya sido redactor de un periódico. La *perioditis* en su aplicacion se divide en *Heraldica*, *Espanita* y *Popularita*, si el viajero es moderado; y en *Clamorita*, *Prennita* y *Equita*, si es progresista. (Todavía no se ha dado caso de que persona alguna haya padecido de *Gacetititis*.) Lo primero que hacen, ó cuando menos procuran hacer, los acometidos de *perioditis* es trabar amistad con el periodista de provincia. Conservo en mi poder, guardada como oro en paño, la siguiente carta que uno de estos tales tuvo la debilidad de escribirme, recomendándome a una actriz, a quien solo una vez habia saludado:—*Apreciable compañero que la recomiendo á V., decia, la actriz y señorita N muy amiguísima de este su amigo que pondrá V. en el periódico porque la conosco.*

Fuera de las personas dadas a la política, no tiene sentido alguno la palabra periodista, ó si lo tiene es equivocado.—Presento á usted este caballero que es periodista, decia un amigo mio dandome á conocer á la señora de una casa que visitaba.—Servidor de usted, señora, repuse yo.—Gracias, replió ella, y en seguida me preguntó.—¿En donde tiene usted la tienda? En otra ocasion miraba un alcalde mi pasaporte, y en donde decia periodista, leyó *periodista*. No señor, periodista dije yo.—En efecto, respondió el alcalde, así dice, pero es una equivocacion: periodista no significa cosa alguna, y *periodista* es el que hace peroles.—¿En donde se vende el almanak? ¿podrá usted hacerme un ciento de papeletas de rifá? ¿tendrá usted un friarte para mi niño? son preguntas que ha escuchado todo periodista.

Si esta profesion no da de sí amigo intimo ninguno; en cambio levanta muchos enemigos. Los enemigos natos de los periodistas son los abogados;

no te diré el porqué, pero así sucede. Son también enemigos los que tienen pretensiones de sabios sobre su dicho, y que para aparentarlo hablan despacio y con gravedad, dando a sus palabras cierto sabor de vaticinio y de misterio. Estos son censores de los escritos, no hallando en los artículos de los periódicos más que yerros de marca mayor: por ejemplo, una coma mal puesta, una letra al revés ó en lugar de otra. Son inexorables en este punto.

Tal vez abraza el periodista su profesión lleno de sensibilidad. Se afecta á la menor duda que presuma en contra de su constancia y de su integridad. Pero pasan los días, se multiplican las calumnias, prueba ingraticudes, sufre en silencio, y á fuerza de luchar aprende a reírse, quizás cuando su corazón está más agitado y lleno de dolor...

Hay sin embargo, amado Teótimo, muchas personas dentro de los partidos que simpatizan con el periodista, pero entre la mayoría de ellas y el escritor, existe generalmente un foso profundísimo, ocupado por enemigos ocultos ó descubiertos.

F. S. DEL A.

## BALADA.

### EL GRANDE Y EL CHICO.

#### I.

Un soberbio potentado  
recoitado  
en cojin de grana y oro,  
adorando su tesoro  
se hallaba un día embriagado.

En sus vanas ilusiones  
solitario se gozaba,  
y contaba y recontaba  
las joyas de sus salones.

«Soy poderoso,» decía  
gustando dulces manjares,  
«y no hay para mí pesares:»  
y gratos vinos bebía.

«No hay miserias en el mundo,  
todo es reír y gozar:»  
y en esto miró llegar  
á un hombre meditabundo.

La vista distrajo de él,  
que la miseria allí vió;  
y el hombre pobre llegó

de aquella puerta al dintel.

Contempláronse los dos:  
«¿qué quieres?» el señor dijo.

EL POBRE. Que me des, te ruego, hijo,  
una limosna por Dios.

EL RICO. ¿De cuándo acá sois mi padre?  
EL POB. Perdona; si te ofendí.

EL RICO. Y por supuesto que sí;  
más alto picó mi madre.  
Mi madre no fué mendiga,  
que me meció en noble cuna,  
y es mi amiga la fortuna.

EL POB. El Señor te la bendiga.  
EL RICO. Viejo, con tu hipocresía  
me querrás hoy conquistar?  
por Dios, me quieres robar?  
tu cara es de alevosía.

EL POB. Á los ojos de un señor,  
la cara de la pobreza  
es innoble y sin belleza,  
¡es tan deforme el dolor!  
No soy aleve, aunque inculto:  
cese, señor, vuestro afán,  
y mirad que os pedí pan  
y que me dais un insulto.

EL RICO. Reconvencion eso es  
Marcha, repugnante sombra,  
quita, no manches mi alfombra  
con tus descarnados pies.

EL POB. ¡No es justo que le demande  
pan el indigente al rico!  
vé al campo; allí el árbol chico  
vive á la sombra del grande:  
perdonad, yo no imagino  
manchar tus alfombras, nó,  
que tengo una choza yo  
pobre...

EL RICO. Pues sigue el camino,  
dáte prisa, vé ligero  
antes que la noche tienda  
su sombra, pobre altanero,  
que es fácil que alguien te prenda,  
que eres feo en un sendero.

Y el rico se sonrió  
y suspiró el indigente,  
y al cielo alzando la frente  
suspirando se alejó.

#### II.

Bajo frondosos frutales,  
en medio de una montaña,  
hay una pobre cabaña  
clavada entre pedernales.  
La fértil campina auxilia,  
dándoles fruto y abrigo  
á un infelice mendigo

rodeado de gran familia.  
 Era una noche medrosa,  
 recia tempestad bramaba,  
 y la montaña temblaba  
 con la tormenta horrorosa.  
 La puerta de la cabaña  
 una mano golpeó,  
 y á poco rato se oyó  
 el eco de voz estraña.  
 El mendigo abrió ligero  
 y vió una altiva figura;  
 «Entrad, la noche está oscura,»  
 dijo, y entró un caballero.  
 «Buén hombre,» aqueste le dijo,  
 «tu amparo pretendo yo.»  
 Y el mendigo contestó:  
 «mi cabaña es tuya, hijo.  
 «Cese tu agonioso afán,  
 «¿tú vienes verto y perdido?  
 «aquí hay un leño encendido,  
 «¿tienes hambre? toma pan.»—  
 Y el caballero comió  
 del pan y quedó perplejo,  
 que al comerlo miró al viejo  
 y al mendigo conoció.  
 Y con eco dolorido  
 exclamó: «¿conocesme?»

EL POB. A nadie conozco á fé  
 mas que al viajero perdido.  
 Conozco al que me demande  
 mi pan, sea pobre ó rico;  
 que en el campo, el árbol chico  
 vive á la sombra del grande.

EL RIC. Y si alguien te insultara  
 al pedirle pan, ¿qué haría  
 tu orgullo?

EL POB. Lo llevaría  
 por Dios y lo perdonara.

EL RIC. ¿No guardarías rencor?

EL POB. Mi alma no es alma de roble,  
 pues que cabe un alma noble  
 en un mendigo, señor.

Que á veces de flor preciosa  
 sale un veneno tirano,  
 y de un deforme gusano  
 una blanca mariposa.

Señor, mi lecho está aquí,  
 dormid en él hasta el día,  
 y un ensueño de alegría  
 gozad, que yo os velo aquí.

Y descansó el hombre rico  
 mientras el pobre veló,  
 y el hombre grande debió  
 un favor al hombre chico.

Ven aquí sociedad, mira ese cuadro  
 De egoismo cruel y de hidalgüía,  
 Y luego lanza tu féröz baladro  
 Al pobre que te ruega en su agonía.

Ven, poderoso, y la soberbia frente  
 Coronada de necia vanidad  
 Alza sobre la luz del indigente,  
 Burlate de la triste humanidad.

Dj en tu erupula luego: «yo soy rico:  
 «¿En qué el mendigo se compara á mí?  
 «Yo soy el grande, sí, y él es el chico,»  
 Mas la respuesta la hallarás aquí.

Hambriento el pobre, al rico le pedía  
 Una sobra de pan, se la negó;  
 Solo un pedazo el pobre poseía,  
 Pidióla el rico, el pobre se la dió.

Dime tú, humanidad, ¿á quién con ceño  
 Airado vé desde su trono Dios?  
 «Al que en la vanidad fundó su empeño,»  
 «¿Quién es el grande allí, quién el pequeño?  
 «El chico es el mas grande de los dos.»

J. S. P.

## CRÍTICA DRAMÁTICA.

EL PARTO DE LOS MONTES, *drama burlesco de gitanos, escrito en verso, y en un prólogo y un acto, por D. José Sanz Perez.*

Nuestro amigo y colaborador el señor Sanz Perez es sin duda alguna quien ha llevado las composiciones dramaticas, conocidas por del genero andaluz, a la altura en que se encuentran. Desde casi el nacimiento de nuestra escena, se habrian hecho por buenos y acreditados poetas mas o menos afortunadas tentativas, para pintar en breves comedias caracteres gitanescos, de valentones, de majos, y varios otros muy dramaticos, que a cada paso vemos entre nuestros paisanos. Nuestro compatriota D. Juan Gonzalez del Castillo era quien habia descollado hasta nuestros dias, siendo sus sainetes tan populares en esta parte de España, como apreciados de los criticos, por la sencillez, novedad y buen gusto con que retrató semejantes costumbres. Castillo, sin embargo, no hizo mas que tomar tal o cual tinta, principalmente al pintar los gitanos; de modo que se encontraba casi virgen ese terreno tan fecundo en rasgos especiales, y en chistes sabrosos, y el señor Sanz Perez ha empezado á cultivar y sigue cultivando con sin igual acierto, y sin rival alguno hasta ahora.

Distingüense las composiciones de nuestro amigo por la verdad con que están escritas. Sus cuadros no son copia de otros cuadros, sino copia de la misma naturaleza, sin que entre esta y el poeta haya mediado intérprete alguno. *Los celos del tio*

*Macaco* (la mas notable á nuestro entender de las obras del Sr. Sanz Perez), no tienen en el teatro español nada que se les asemeje. No parece sino que el poeta tiznandose el rostro, cambiando la voz, hablando en puro *calorri*, y en suma, disfrazandose de gitano, ha vivido entre ellos, para arrancarles sus secretos, y recoger toda la poesia de sus diálogos y todo el encanto de sus amores. Asi es como se concibe la posibilidad de presentarnos una *Fotoseta* en la mencionada pieza, y así tambien una *Pepu Chorrío* en las primeras escenas del *Parto de los Montes*.

En esta composicion, que es la que motiva el presente articulo, ha ido mas adelante el señor Sanz Perez. No solo ha sido el escritor de piezas andaluzas, sino que además ha tenido un objeto literario de mucho gusto, y usado en los mejores tiempos de nuestro teatro. Las tragedias, los dramas, las comedias y los sainetes burlescos, en que sus autores han criticado ciertas obras dramáticas, ó un género de composiciones han sido en todo tiempo bien recibidas del publico, y han servido hasta cierto punto para corregir determinadas manias de algunos compositores.

Don Geronimo de Cáncer y Velasco, uno de nuestros poetas satiricos que leemos con mas gusto, se burlo de la historia de Carlo Magno y de las coplas del marqués de Mantua, escribiendo *La muerte de Balduino*, que es una parodia de las comedias caballerescas.

Monsieur Guillen Pierres escribió en castellano *Durandarte y Belerma*, que tambien es una critica de las comedias mismas.

Don Pedro Calderon de la Barca ridiculizó las comedias mitologicas, que en su tiempo estaban muy en moda, escribiendo *Vefulo y Pocris*, famosa comedia en tres actos; de la cual recordamos el lance de tañer el Rey una guitarra, y á sus sonidos remozarse, cayendosele las barbas y la cabellera postiza.

Don Francisco Antonio de Montesá, compuso *El caballero de Olmedo*, reputada por los principales criticos como cosa excelente, y en la cual se burla de las comedias de capa y espada. En la ultima escena hay el siguiente dialogo entre el rey y un caballero muerto:

REY. Derrid la sangre os hervia cuando os mato?

ALONSO. Un poquito.

REY. Pues ya no es nada el delito si no os mato á sangre fria.

ALONSO. Esto es verdad.

REY. Caso fuerte.

ALONSO. Yo me halle entre sus aceros.

REY. Pues será fuerza prenderos si os hallasteis en la muerte.

ALONSO. Vengadme de esta canalla: justicia me habeis de hacer.... sin ella no he de volver.

REY. ¿Y traéis en que lluyalla?

ALONSO. Ese es término civil (esto es, vulgar, grosero) y que parece malicia.... Hacedme, señor, justicia.

REY. Alzad; yo os hago alguacil.

Otro poeta compuso *Cada cual con su cada cual*, que es una burla de las comedias palaciegas que por aquellos tiempos se escribian. En ella hay una parodia de la célebre relacion de *La vida es sueño*: «Apurar cielos pretendo etc.»

Por último, el ante citado Cáncer dió al teatro *Las Mocedades del Cid*, que es una trova de la comedia que con el mismo titulo escribió Guillen de Castro.

¿Y quién en nuestros dias no ha visto representar con gran aplauso el *Caliche*, *Pancho y Mendrugo*, *Torrezno* y *Pauzacola* y otras parodias de tragedias muy celebradas al principio de este siglo? Pues con semejante objeto, no precisamente el de parodiar una produccion determinada, sino los dramas de la época, ha escrito nuestro amigo *El Parto de los Montes*.

Una gitanilla tenia dos pretendientes; uno correspondido y otro desdenado. Este le requiere de amores; y viendo que nada alcanzaba de aquella dura pena, le quita una maraña de pelo. La gitanilla se enfada y lo injuria, y el en desquite le dice al oido una palabra que la ingrata no entiende. Como no la entiende se vuelve loca, sufre delirios, padece sueños sombríos y aterradores, y sus parientes juran vengarse de quien con semejante palabra habia hechizado á la pulida zagala. Pero el despreciado amante no se duerme en las pajas; intimida al padre de la gitanilla, y siguen una multitud de catástrofes. La palabra resulta ser la de *femenina* que descifra un escribano; pero su definicion llega tarde, como en la mayor parte de los dramas la revelacion de los secretos.

Los lances por que pasa la accion hasta el desenlace son á cual mas chistosos, y todos parecidos á los de los dramas. Congregacion de conjurados, juramentos de venganza, duelos, sueños, derrumbamientos de edificios, suicidios, matanza horrorosa, y cuanto de grande y patética vemos en los dramas, se encuentra en la burla del Sr. Sanz Perez, siempre occurrente, siempre chistoso y oportuno. Véase como en la junta de los conjurados habla *Miguel Josico*, padre de la gitanilla:

MIGUEL. La hija de mi alma y de mi via esta desonera!... ¡Cabayero! sa puesto mas delga que una torsta, y mas triste que el fondo de un puchero! ¿Sabeis por que? po aqueya picaldia que le dijo el chavo; y yo no quiero que la vaya a matar la jormiguia, que la tiene partia....

TODOS. ¡Probeciya!!!

MIGUEL. ¿Queréis que de ella os jaga una pintura? Pos bien: los ojos tiene ya jundio, caa labio es un peaso de asaura, y jasta las orejas le han cresio... Er cuerpo se le ha puesto de otra hechura: los hombro á la quija se le han subio, y aquel pelo tan negro y tan risao lo tiene como un monte enmarañao. A yeses se acurruca en un selpao y se pone á ronca como un garrino: otra á la tienda va, coje un embue, y se lo carga rebosando vino: otra se le echa en la garganta un nuo

y se asipienta y jecha un remolino  
se arregüerca po er suelo y po er escaño  
como los perros al salt der baño.  
¿Y ha de morir esa fló en sus verdores  
tan jermosa, tan güena y tan pulia?  
¿Qué, no le habremos de sacá, señores,  
de aquel cuerpo de miel la hechiseria?...  
¡Venganza, cabayeros!... Los dolores  
de un padre como yo, lo pide hoy día.  
¿Y cómo se ha de hasé?...

CABAYO.

MIGUEL.

VARIOS GITAN. A matá!...

OTROS.

Con la matansa.

¡La venganza! ¡La venganza!

El duelo entre el mismo Miguel Josico y Cara de  
Cabayo, es tan lindo que no podemos resistir al de-  
seo de copiarlo.

CABAYO.

MIGUEL.

¿Usté es tabayero?

¿Yo?...

mas que los que gastan leva.

CABAYO.

Pos vengasté á rebatirse  
conmigo á la cayajuola.

MIGUEL.

¿A puñetazos?

Qué! nó.

CABAYO.

¿Pos cómo?

Con escopetas.

MIGUEL.

¿Yo tirá un tiro? Ni el rey  
le hasé á las manitas estas  
jaser ¡prumb!... A martiyazos  
como quien jase una reja.

CABAYO.

A leguas bien se conoce  
que no tiene usté vergüensa...  
Si es usté un Juan de las Viñas...  
Si el día é la virgen de Regla  
le tizaron á osté la cara  
dos señoritos...

MIGUEL.

fuera de sí). ¡Cerezas!...

Tóme usté!... (le dá una bofetada.)

CABAYO.

¡frenético! Pos tóme usté.

(Se la devuelve. Sigue un momento de silencio;  
van á acometerse y dice:)

CABAYO.

¡Abur compare!

MIGUEL.

Abur prendá!...

Quisiéramos copiar la relacion del sueño de la  
gitanilla; pero no lo verificamos porque se haria  
muy estenso el presente artículo. Sin embargo, ter-  
minaremos copiando algunas quintillas de la pri-  
mera escena. Acaba de cantar el amante favore-  
cido y dice la gitanilla:

Ese es su cantá sonoro...

Gilguerito é mis amores,  
baja del cielo que adoro,  
que ese piquito de oro  
te quiero limpiar con flores.

PEDRO.

PEPIYA.

¡Pepeya!...  
Abaja, chavó,  
fortuna de mi fortuna,  
baja como el ruiseñor;  
al oír cantar á su amó  
en la oriya é la laguna.

PEDRO.

¿Te estás peinando, chavala?

PEPIYA.

Me estoy poniendo de gala...  
Di ¡las palomas del prao  
¡ay! no se peinan las alas  
pa cuando venga su amao?

PEDRO.

Pepeya, aquí no hay jonjana.  
Tu cuerpo es un prao...

PEPIYA.

PEDRO.

¡Bulero!...  
Lleno de rosa y romero,  
de incensio y de mejorana...  
Ay!... por tener el gustilo  
de pasta yo en ese tajo,  
te lo juro, salerito,  
me golveria cabrito...

PEPIYA.

¿qué digo?... hasta escarabajo...  
¡Salero, viva el primó!...  
¡Que viva la sal que cuaja!...  
¿Tu escarabajo, chavó?...  
Entonse me gorvia yo,  
con los deo, escarabaja.

PEDRO.

¿Qué tienes?

Mucha calo...

PEPIYA.

échame fresco, morena.

PEDRO.

¡Asin! (soplándole en la cara.)

PEPIYA.

Asin... ¡que primó!...

PEDRO.

Jesú que jermoso olo

que á venió á yerva buena!...

Ensenáme, resala,

esa boquilla de plata...

PEPIYA.

¿Y que vas á ver chavá?

PEDRO.

A ver si tienes sembra

en la lengua alguna mata...

PEPIYA.

Anda pesao, guason!...

PEDRO.

Si guele tu boca a flores

Te paese á tí!...

PEPIYA.

Bien salen!

PEDRO.

Si acaso, ton esos olores

me salen del corazón!...

¿Puede darse cosa mas tierna ni mas amorosa que  
los anteriores versos y con especialidad los dos úl-  
timos?

Felicitemos, pues, á nuestro amigo por su última  
produccion, que aumenta nuevas hojas á su buen  
ganada corona escénica.

L. S. B. V.

Por falta de espacio no podemos  
insertar la crónica de las funciones  
hechas en el Teatro Principal, ni la  
respuesta al folletínista del Heraldó  
por lo que últimamente ha dicho so-  
bre lo que se habló en nuestro perió-  
dico acerca de las piezas andaluzas.